

## LINGÜÍSTICA Y CIENCIA DEL SIGLO XVII, EN EL DIARIO DE SAMUEL PEPYS

XAVIER LABORDA GIL

xlaborda@ub.edu

*Universitat de Barcelona*

**Resum.** *Lingüística i ciència del segle XVII, al diari de Samuel Pepys.* L'estudi analitza la figura de Samuel Pepys, autor d'un *Diari* íntim entre 1660 i 1669, en relació amb la ciència del segle XVII. Pepys va ser membre de la Royal Society i va col·laborar en el projecte de John Wilkins d'una llengua artificial. L'estudi del seu *Diari* permet vincular els interessos de Pepys pel llenguatge, l'oratoría, l'escriptura xifrada i el progrés científic amb un estat d'opinió que emergeix entre els erudits de la seva època. En l'estil senzill i vitalista del *Diari* de Pepys s'aprecia l'afinitat entre la seva escriptura privada i l'esperit de l'empirisme que va proclamar la Royal Society. Finalment, la comparació entre Pepys i Wilkins revela que la taquigrafia és la clau dels seus treballs i la raó del fracàs de Wilkins i de la popularitat i vigència de Pepys. A les nombroses edicions del *Diari* de Pepys, iniciades el 1825, se n'hi afegeix ara una en castellà. El *Diari* és una obra literària i històrica de primer ordre, que documenta des d'una perspectiva insòlita la ciència del segle XVII o segle del llenguatge.

**Paraules clau:** Samuel Pepys, diari personal, Royal Society, John Wilkins, lingüística, historiografia.

**Abstract.** *Linguistics and science of the 17<sup>th</sup> century, in the Diary of Samuel Pepys.* The study analyzes the figure of Samuel Pepys, author of a private Diary between 1660 and 1669, and his relationship with 17<sup>th</sup> century science. Pepys was a member of the Royal Society and contributed to John Wilkins' project for an artificial language. The study of his Diary is relevant as it links his interests in different subjects, mainly language, oratory, coded writing and the scientific progress that influenced the emerging opinion among the scholars of his time. The plain and vital style of the Diary of Pepys reveals the affinity between his private writing and the spirit of empiricism proclaimed by the Royal Society. Finally, the comparison between Pepys and Wilkins reveals that shorthand is the very key to his work, also the reason for Wilkins' failure, as well as the popularity and validity of Pepys. To the several editions of the Samuel Pepys Diary, that began in 1825, a recent one in Spanish must be added. The Diary is a literary and historic

masterpiece that provides evidence, from an unusual perspective, of science in the 17<sup>th</sup> century, or the century of language.

**Key words:** Samuel Pepys, diary, Royal Society, John Wilkins, linguistics, historiography.

## 1. Una vida confiada al *Diario*

Samuel Pepys (1633-1703) fue un alto funcionario del Almirantazgo inglés del siglo XVII.<sup>1</sup> Desempeñó cargos políticos, presidió la Royal Society y escribió unos diarios privados entre 1660 y 1669. El hallazgo y la publicación de estos escritos en inglés en 1825 fue un acontecimiento historiográfico y un motivo de interés popular. La edición francesa de los diarios de Pepys se produjo en 1939. Y en español acaba de aparecer una nueva edición, a cargo de editorial Renacimiento, que aunque notablemente abreviada brinda un material muy útil.<sup>2</sup>

La lectura de los diarios de Pepys no sólo proporciona una privilegiada mirada a la vida cotidiana y a la ciencia de la época, sino también una gozosa experiencia, que combina el placer de las confesiones personales con el suspense de una narración palpitante. En el mosaico de sus anotaciones asistimos a escenas muy variadas y todas ellas interesantes. Son las del ascenso profesional de Pepys, sus relaciones familiares, los negocios particulares, sus tentaciones secretas, los desastres del gran fuego que arrasó la ciudad y la peste que diezmó la población de Londres, las intrigas de la corte de Carlos II y las revueltas religiosas, junto con la bulliciosa vida de comercios y tabernas o los provechosos encuentros de gente de ciencia.

Para la historiografía de la ciencia, Pepys es una personalidad por la participación institucional en la Royal Society y por la donación de su notable biblioteca a la Universidad de Cambridge. Y, más concretamente, para la historiografía de la Lingüística resulta relevante su contribución a la obra de John Wilkins, *An Essay towards a Real Character and a Philosophical Language* (*Ensayo sobre una escritura objetiva y un lenguaje filosófico*), editada en 1668 bajo los auspicios de la Royal Society. Pepys colaboró en la confección

<sup>1</sup>Véase información biográfica en Ollard 1974 y Tomalin 2002. La consulta en internet conduce a numerosos sitios, entre los que destacan el de la BBC ([www.bbc.co.uk](http://www.bbc.co.uk)) y del Museo de Londres ([www.museumoflondon.org.uk](http://www.museumoflondon.org.uk)).

<sup>2</sup>Cf. Pepys 1660-1669. Las citas de este artículo proceden de la edición Pepys 2003. Y nos referimos a la obra de Pepys indistintamente como *Diario* o *Diarios*. La primera edición castellana fue Pepys 1941, con la traducción de N. Lacoste, utilizada para la edición actual de Renacimiento. La siguiente edición castellana fue de Antonio Dorta (cf. Pepys 1954).

de la tablas de conceptos sobre el mundo naval para el trabajo de Wilkins en la creación de una lengua artificial. Para mayor abundamiento, Wilkins fue el principal fundador de la Royal Society y el más destacado de los autores del proyectismo lingüístico, una corriente empeñada en diseñar una lengua artificial que fuera conveniente para la ciencia y conveniente también como *lingua franca* en la comunicación ordinaria.

## 2. La repercusión de Pepys

Hoy en día el nombre de Samuel Pepys no sólo es célebre sino que se conserva su memoria de un modo muy activo. Desde 1903 hay un club fundado en su honor. Y en el este de Londres, junto a la fortificación de la Torre de Londres, hay huellas de su recuerdo. Una lápida conmemora su figura en la iglesia donde está enterrado, Saint Olave's, en la cercana Hart Street. Y una calle contigua, donde vivió y trabajó en las oficinas de la Armada, lleva su nombre.<sup>3</sup>

La figura de Pepys pertenece al imaginario popular de los ingleses porque les ha legado una descripción minuciosa de un Londres añejo y entrañable. A su vez, los intelectuales también celebran su relevante y singular aportación. Para la historia es capital el testimonio que ofrece el diarista de la vida cotidiana y de los avatares de la corte de Carlos II. Las anotaciones que hace en su diario durante la década de 1660 aportan unas informaciones y un punto de vista insólitos y muy valiosos. La valoración que hace de tramas políticas y de cuestiones profesionales se entremezcla con detalles de la vida doméstica, descripciones de personajes, comentarios sobre sermones y obras teatrales, confesiones de sus placeres secretos y de los negocios particulares, noticias sobre instrumentos científicos y reuniones de ilustrados, además de un sinfín de peripecias personales.

De ello trata en sus diarios con un conocimiento directo de los hechos y de sus personajes. Y lo hace con un estilo conciso y claro. Al tratarse de una escritura privada y encriptada en un código taquigráfico, Pepys tiene la libertad de volcar en ella con sinceridad la interpretación que los hechos le merecen así como la expresión de los sentimientos que le suscitan.

La lectura de las páginas de su *Diario* permite comprobar la exactitud del retrato psicológico que el propio Pepys hace de sí mismo cuando cuenta esto: "Comencé a componer una canción en alabanza a un espíritu abierto a todos los trabajos y a todos los placeres (como el mío, creo)." Su carácter jovial

---

<sup>3</sup>Una obra de interés histórico establece el árbol genealógico de Pepys: Chapell 1936.

le permite gozar de las satisfacciones de una vida acomodada, una vez ha cumplido responsablemente con sus obligaciones, en las que se muestra metódico y eficaz. He aquí la anotación completa en la que aparece la cita sobre un día de asueto en casa, dedicado a tratar una afección de estreñimiento, a la lectura y a su afición por la música.

### 3 de noviembre de 1661

Hoy no he puesto los pies fuera: cierta medicina me ha hecho mucho efecto. Aproveché para leer la Historia de la Guerra Santa, de Fuller. También comencé a componer una canción en alabanza a un espíritu abierto a todos los trabajos y a todos los placeres (como el mío, creo); pero no llegué a nada satisfactorio y dejé mi obra inconclusa. Al anochecer, solo con mi esposa, cené picadillo de pollo, satisfecho de que mi situación nos permita un plato como éste.

Su gusto por la música se traduce en que toca la viola y el violín y disfruta mucho de sesiones de canto y baile. Y las tabernas son lugares de encuentro a los que se refiere Pepys con frecuencia. Pepys nació en la casa paterna, en Fleet Street, en Londres, y tuvo una vida longeva (1633-1703). Estudió en la escuela londinense de Saint Paul's y obtuvo una beca para cursar estudios universitarios en el Magdalene College de Cambridge, donde se licenció a la edad de veintiún años. Su conocimiento de latín, griego, francés y español, entre otros saberes, formaban parte de una formación que le permitió desempeñar diversos cargos. Fue secretario de su pariente y protector, Sir Edward Montagu, futuro Lord Sandwich y almirante de la flota del Báltico. También fue administrador de impuestos y finalmente contable y secretario real de la Armada. Y ostentó la dignidad de miembro del Parlamento en varias legislaturas.

Un año después de licenciarse, en 1654, se casó con Elizabeth Saint-Michel, una joven de quince años que era hija de refugiados franceses por profesar el credo protestante. La esposa murió de fiebres en 1669, poco después del viaje que realizó la pareja a Francia y los Países Bajos. Y Pepys no volvió a casarse ni tuvo descendencia.

### 3. El pulso de la política

Entre 1660 y 1669 Pepys redactó su *Diario*. Una afección en la vista le obligó a dejar esa tarea personal y secreta. El hábito de tener un diario forma parte de unos gustos ilustrados poco comunes pero que iban tomando cuerpo

entre intelectuales de la época.<sup>4</sup> Pepys tuvo la disciplina de cumplimentar sus notas con regularidad y la discreción de no divulgar su hábito. Se comprende su prudencia por razones políticas. Algunos nobles y altos cargos cayeron en desgracia por las opiniones que escribieron en sus diarios. El mismo Pepys estuvo recluso en dos ocasiones por sospechas de tramas políticas, aunque fue liberado y repuesto de nuevo en su posición.

Presenció en 1649 la decapitación de Carlos I y los hechos de la República liderada por Oliver Cromwell. Participó en 1661 en el regreso de Carlos II de su exilio, en los Países Bajos, y su coronación. Intervino en los preparativos militares de la segunda guerra con Holanda entre 1665 y 1667, durante la cual los holandeses hicieron una incursión en el estuario del Támesis, así como en los de la tercera guerra con Holanda, en 1672.

La mención de estos acontecimientos, que son sólo una parte de los que conoció, informa de una característica valiosa en un escrito biográfico como es el *Diario* de Pepys: el protagonismo del autor en los hechos narrados. Digamos también que ello aporta un gran valor histórico a sus anotaciones, además de un intenso vigor narrativo. Los diarios aportan referencias históricas, por supuesto, pero tienen aún mayor interés como relato. Vivió el signo de sus tiempos de un modo directo y decisivo: la restauración monárquica, la organización de la Administración, el fortalecimiento de la Royal Society, las expansiones cotidianas y las calamidades de los londinenses. Y habló de ello de un modo existencial, con sus matices emotivos. Entró en las habitaciones del rey, asistió al banquete de la coronación, paseó por la antesala palaciega en días de recepción. La admiración fue el sentimiento que le despertó la visita del gabinete real en el palacio de White Hall, residencia de los monarcas entre 1528 y 1698.

En casa de Milord [Sandwich], que envió un gran cofre de hierro a White Hall; estuve presente cuando fue introducido en el gabinete del Rey y allí pude contemplar los cuadros más impresionantes. Entre ellos uno de un libro abierto sobre un escritorio que hubiera jurado que era un libro verdadero.<sup>5</sup>

En otro relato sucinto hablaba de la solemnidad de un acto religioso y de su contraste con la reacción popular, indiferente y ajena a ese mundo eclesiástico.

---

<sup>4</sup>Un miembro fundador de la Royal Society, John Evelyn (1620-1706), escribió también un diario particular Evelyn 1706. Pero, a diferencia del de Pepys, sus anotaciones fueron impersonales, por lo cual su interés está circunscrito a aspectos históricos.

<sup>5</sup>3 de octubre de 1660 (p. 47).

El teniente Lambert y yo fuimos a la Abadía de Westminster donde asistimos al traslado del doctor Frewen al arzobispado de York Vi a los obispos de Winchester, Bangor, Rochester, Bath y Wells, y Salisbury, con sus hábitos, en la capilla del Rey Enrique VII. Pero, ¡Dios mío!, cuando ellos salieron, el pueblo los contempló como criaturas extrañas, con muy poco amor y respeto.<sup>6</sup>

La vida oficial y la vida ordinaria se entremezclan con naturalidad en los apuntes de Pepys. Los asuntos políticos tienen repercusiones públicas, como son las ejecuciones de los condenados por participar en la institución de la República entre los reinados de Carlos I y Carlos II. Samuel Pepys asistió con interés a esos actos, siempre en medio de un gentío y una expectación incomparable. Y la infatigable curiosidad de Pepys, tan atento a las noticias y a sus matices, le hizo reparar en el interés de muchos acontecimientos. Fue el caso, por ejemplo, de un enfrentamiento armado en Londres de guardias franceses y españoles por una cuestión protocolaria en octubre de 1661.

#### 4. Eruditos y científicos

Para la historiografía de la ciencia, la narración de los *Diarios* de Pepys es una fuente que revela detalles de historia interna. Ésta habla de los miembros de la Royal Society, de sus encuentros y del talante con que se relacionaban. El período en que Pepys fue presidente de la Royal Society, entre el 1 de diciembre de 1684 y el 30 de noviembre de 1686, no coincide con el de sus anotaciones de sus *Diarios*, que cubren desde el 1 de enero de 1660 hasta el 31 de mayo de 1669. Por lo tanto, falta de esa época de presidencia la información franca que facilita en los *Diarios*. No obstante, su contacto con miembros de la Sociedad Real se inició en 1662, fuera por motivos profesionales o bien personales, y al poco comenzó a interesarse por sus actividades colegiadas en favor de la ciencia. Y de ello sí dejó constancia en los *Diarios*.

Los dos últimos párrafos con que concluye los *Diarios* parecían augurar unos tiempos sombríos, que afortunadamente se desvanecieron. Temía quedarse ciego pues había perdido visión y padecía dolorosas molestias al exponerse a la luz.

Así termina sin duda todo lo que podré escribir yo mismo en mi diario, con mis propios ojos, pues en lo sucesivo seré incapaz de hacerlo: cada vez que tomo la pluma, pienso que perderé la vista. Ocurra lo que

---

<sup>6</sup>4 de octubre de 1660 (p. 47).

ocurriere, debo abstenerme. De hoy en adelante, lo continuarán los míos en lenguaje claro, y yo deberé resignarme a no anotar nada que no pueda ser conocido por ellos y por todo el mundo. Y si sucede algo, (casi imposible, ahora que mis amores con Deb<sup>7</sup> han concluido y que mis ojos me impiden gozar de placer alguno) trataré de dejar un margen en mi libro para añadir de trecho en trecho una noticia en lenguaje cifrado, de mi propia mano.

Detengo, pues, este curso; es un poco como si descendiera a la tumba. Para ello y para todos los males que acompañarán mi ceguera, quiera Dios prepararme.<sup>8</sup>

La dolencia que le aquejaba progresivamente era astigmatismo. Como resulta que era desconocida en la época, de ahí su sospecha de una degeneración fatal hasta la ceguera, que afortunadamente no se produjo. Pero la falta de agudeza visual le impidió continuar su *Diario*. Con el beneplácito del rey, hizo a continuación el viaje por Francia y Holanda. A su vuelta, se reincorporó a su puesto y aún ascendió en sus responsabilidades, con el cargo de secretario general del Almirantazgo. Escribió una historia de la Armada inglesa y tomó al dictado para su divulgación el relato de Carlos II sobre sus acciones en la batalla de Worcester. También dictó varios diarios sobre asuntos públicos de su responsabilidad, que resultan incomparables en contenido y en tenor con el *Diario*.<sup>9</sup>

Samuel Pepys realizó un viaje por España, entre diciembre de 1683 y febrero de 1684. Al poco de su vuelta fue escogido presidente de la Royal Society.<sup>10</sup> La Royal Society es una entidad científica que se gestó en 1660, bajo el impulso de prohombres y, en especial, de John Wilkins. Wilkins (1614-72) fue un científico y un religioso que destacó por su brillantez y capacidad de iniciativa. Estuvo al frente del obispado de Chester y aplicó un talante liberal y de concordia. Previamente había enseñado matemáticas y dirigido el Wadham College de Oxford y el Trinity College de Cambridge. Y Wilkins aportó uno de los núcleos básicos de la Royal Society, de la cual fue su secretario entre 1663 y 1668. Su parentesco con Oliver Cromwell, de quien fue cuñado al casarse con una hermana de Cromwell, hizo aconsejable que Wilkins se mantuviera en un segundo plano en la institución.

---

<sup>7</sup>Deb o Deborah Willet era la dama de compañía de su esposa por quien había experimentado un enamoramiento arrebatador.

<sup>8</sup>31 de mayo de 1669 (p. 424-5).

<sup>9</sup>Véase la novedosa edición de C. S. Knighton en Pepys 2004.

<sup>10</sup>Cf. Birch 1756-1757. Thomas Sprat, *The History of the Royal Society*, Londres, 1667.

Pepys habló de Wilkins en repetidas ocasiones. La primera anotación fue de respeto pero también de decepción:

A la iglesia de Saint Lawrence, guiado por la curiosidad de escuchar al Dr. Wilkins, el gran sabio. Pero no me satisfizo.<sup>11</sup>

Sin embargo, a medida que Pepys trató con mayor asiduidad los miembros de la Royal Society, albergó un sentimiento más profundo por Wilkins, a quien consideró como un amigo.

Supe que los obispos caerán con seguridad, lo mismo que su jerarquía. El Dr. Wilkins, mi amigo, obispo de Chester, será trasladado a Winchester y nombrado Lord del Tesoro.<sup>12</sup>

Pepys tenía en su biblioteca siete obras de Wilkins, entre las que destaca *An Essay towards a Real Character and a Philosophical Language (Ensayo sobre una escritura objetiva y un lenguaje filosófico)*,<sup>13</sup> junto con sus otros trabajos sobre comunicación encriptada y ensayos prospectivos de la vida en Marte y del transporte submarino.<sup>14</sup> A la muerte de Wilkins, en 1672, se encargó de gestionar su legado económico en favor de la Royal Society.

Cuando Pepys inició sus *Diarios* en 1660, la sociedad arrancaba su andadura también. Se comprometen sus miembros a reunirse semanalmente “para consultar y debatir sobre la promoción del conocimiento experimental”. Sin embargo, los primeros estatutos de La Royal Society datan del 15 de julio de 1662 y expresan el privilegio de tener al rey como miembro fundador. Los miembros fundadores procedían de tres fuentes. Estaba el antiguo grupo que Wilkins formó en 1650 en Oxford, con el físico Robert Boyle –que dio nombre a una ley homónima sobre la presión de los gases–, el matemático John Wallis y Christopher Wren, con múltiples campos de estudio experimental y arquitecto de la catedral de Saint Paul’s. Una segunda fuente fue el Gresham College de Londres, que prestó su sede, con el astrónomo Lawrence Rooke entre sus académicos. Y finalmente engrosaron la sociedad personalidades de obediencia monárquica, como el Vizconde Brouncker, que fue escogido presidente.

Esas personalidades precedían del mundo de la ciencia, por su profesión o por su afición. Algunas de ellas estaban vinculadas a la Corte, por su

<sup>11</sup>12 de febrero de 1665 (p. 182).

<sup>12</sup>16 de marzo de 1669 (p. 409).

<sup>13</sup>Edición facsímil Wilkins 1668. Estudio de Xavier Laborda Gil en Laborda Gil 1980.

<sup>14</sup>La biblioteca de Pepys se conserva en el Magdalen College de Cambridge, a cuyos fondos se incorporó en 1724, tras la muerte de John Jackson, sobrino y heredero de Pepys.



origen nobiliar o por sus tareas en la Administración pública. Pepys conocía a muchos de ellos, con algunos de los cuales tenía el placer de platicar en cafés, como por ejemplo con Henry Oldenburg, secretario de la Royal Society. Y con su presidente, William Brouncker, mantenía una estrecha relación como asociado en negocios, de la que tenemos una muestra en la anotación del 2 de enero de 1665.

Tenía una cita con Milord Brouncker en el Piazza, en Covent Garden. Almorzamos una apetitosa comida francesa. La calle, llena de nieve, que últimamente ha caído en cantidad.

Una semana después Pepys tuvo ocasión de examinar los estatutos de la Royal Society, recién transcritos a un nuevo libro de actas.

La Sociedad Real trajo un nuevo libro donde en noble escritura constan su constitución y sus leyes, con el objeto de que el Duque [de York] lo firmara en carácter de miembro. Figuran ya muchas firmas, entre ellas la del Rey, quien estampó debajo la palabra “fundador”.<sup>15</sup>

El nombre completo de la entidad –activa en la actualidad, lo cual es un alarde de pervivencia– resultó ser The Royal Society of London for the Promotion of Natural Knowledge.<sup>16</sup> Sus objetivos eran el estudio de la ciencias naturales y de las ciencias humanas y el establecimiento de correspondencia con científicos, premios, expediciones, instrumental, edificios, un museo y una biblioteca. Uno de los privilegios reales fue la autorización a efectuar disecciones de cuerpos humanos. El régimen de reuniones era semanal, en Gresham College, situado en la calle Bishopgate de la City. Y la financiación se cubría con la cuota semanal de un chelín por miembro. El número de asociados se acercó a la cifra de doscientas personas. Entre ellas se contaba Pepys, quien solicitó en 1665 su ingreso. Sus notas del 15 de febrero del *Diario* se referían al acto de su admisión y a las relaciones sociales con los *virtuosi* de la institución:

A mediodía, con Creed, a Trinity House: un excelente almuerzo. Luego al Colegio de Gresham, donde la semana pasada estuve con Mr. Povy pidiendo mi ingreso como socio; hoy fui admitido. Firmé un libro, y el presidente, Milord Brouncker, pronunció algunas palabras alusivas. A la taberna de la Corona, donde cené con verdaderas eminencias.

<sup>15</sup>9 de enero de 1665 (p. 178).

<sup>16</sup> *Regalis Societas London pro Scientia naturali promovenda* o Sociedad Real de Londres para la promoción de la ciencia natural.

En la primavera del mismo año de 1665, Pepys relató una jornada de asueto con distinguidos miembros de la Royal Society. Entre ellos estaba John Wilkins, que fue deán de Ripon entre 1663 y 1668, y que luego desempeñó su ministerio como obispo de Chester, hasta su defunción en 1672.

Tropecé con Milord Brouncker, Sir Robert Murrey, el Deán Wilkins y Mr. Hooke, quienes iban en coche a almorzar a casa del coronel Blunt. Así que se detuvieron y me llevaron con ellos. Descendimos en el muelle de la Torre y nos embarcamos hacia Greenwich, lugar en que nos aguardaban carruajes. La residencia del coronel está espléndidamente situada y posee magníficas plantaciones, entre otras, un viñedo, que nunca había visto. De ahí fuimos a Deptford y estuvimos en casa de Mr. Evelyn, la cual es verdaderamente hermosa. Pero ya oscurecía; entonces el Deán Wilkins, Mr. Hooke y yo volvimos caminando hasta Redriffe, conversando animadamente.<sup>17</sup>

Esta excursión por localidades del Támesis bajo se completó con la visita a casa del miembro fundador de la Royal Society John Evelyn. Éste elaboraba también un diario personal, aunque su tono objetivo estaba alejado del registro íntimo del de Pepys.

Samuel Pepys hallaba en la compañía de estos científicos un estímulo intelectual que satisfacía las expectativas de un espíritu curioso y presto a cultivarse. Y la Royal Society lo acogió como un igual por la relevancia de su puesto en la Administración y por la conveniencia de tener miembros activos que acudieran a las reuniones y aportaran sus opiniones en los debates científicos. Si a todo ello se añade el factor de la amistad, se aprecia hasta qué punto estaban enlazadas las relaciones entre ciertos miembros de la intelectualidad londinense. Esta faceta risueña de la camaradería de Pepys con los intelectuales de la época se complementaba con otra más académica, de la cual se complacía igualmente. Consistía en la asistencia a conferencias y presentaciones de experimentos sobre acústica, física o anatomía. La continuidad afectiva entre las dos facetas de esta relación parece evidente.

## 5. La notoriedad del mejor orador

El empirismo es una vertiente, quizá la más llamativa, de este club científico de la Royal Society, pero no la única. El gusto por el debate sobre cuestiones filosóficas y el ejercicio del arte retórica forman otra vertiente

---

<sup>17</sup>1 de mayo de 1665 (p. 190).

igualmente frecuentada en el círculo de los patronos de la Royal Society. El ingenio, la erudición, el conocimiento de los clásicos, el dominio de lenguas y la facilidad de palabra en los actos públicos eran los ingredientes de un buen orador. La excelencia oratoria se traducían en notoriedad para los que intervenían con elocuencia en sermones, coloquios científicos o debates parlamentarios. Pepys no perdía la oportunidad de juzgar sobre la calidad de los discursos que escuchó. En ello hay una prueba del prestigio de la retórica y del componente racionalista de la alta cultura inglesa del XVII, a pesar de que ello pueda pasar desapercibido por las proclamas empiristas de Francis Bacon o de los propios estatutos de la Royal Society.

A propósito de la retórica, la vanidad embargó a Pepys porque supo pronunciar un buen discurso ante el Parlamento. Y acudió luego ante sus colegas de la Royal Society para obtener la satisfacción de los elogios:

Al Colegio de Gresham, con el objetivo de exhibirme. Me saludaron el Dr. Wilkins, Whistler y otros, como el patrón de la oficina de la Armada, con motivo de mi reciente intervención en el Parlamento.<sup>18</sup>

Si la fama le coronaba, la ocasión que motivó su alocución en la Casa de los Comunes fue apurada. Se había constituido una comisión para investigar a la Armada tras las hostilidades de los holandeses en el estuario de Támesis y del Medway. Y Pepys se encargó de defender el papel de la Administración de la Armada, con la preocupación de perder su puesto. En su *Diario* informó del resultado de su alegato y de cómo preparó su ánimo y su cuerpo para la ocasión, tras una noche en vela por la zozobra que sentía.

Con el espíritu pleno de inquietud, permanecí sin dormir hasta las seis de la mañana. Por fin, hice que mi mujer charlara conmigo para consolarme, cosa que consiguió. Estoy decidido a renunciar a mi empleo y a no soportar más tantas preocupaciones, ya que podré librarme de ellas. Me levanté para agregar aún, con premura, algunas frases a mi discurso. Acompañado de Mr. Hewer, me embarqué hacia Westminster. Llegué puntualmente. Para armarme de valor, entré en la taberna del Perro a beber una semipinta de vino con especias y, en el Palacio, tomé una copita de aguardiente en casa de Mr. Howlett. Gracias al calor que me procuré, experimenté más desenvoltura, realmente. Entre las once y la doce, nos hicieron entrar, precedidos del ujier, en la sala de sesiones. Avanzamos hacia la Comisión. Observé que la sala estaba repleta y esperaba nuestra defensa con sumo interés, y también con

---

<sup>18</sup>12 de marzo de 1668 (p. 349).

prevención. El presidente nos expresó el descontento de los Comunes y leyó el informe de la Comisión. Entonces empecé nuestra defensa suave y plácidamente, sin vacilaciones ni embarazos, sino libremente, con tanta calma como si hubiese estado en mi escritorio. Eso duró hasta más de las tres de la tarde. Terminé sin la menor interrupción del presidente; luego nos marchamos. Todos mis colegas me felicitaron, exclamando que este discurso era el mejor que habían escuchado. Desbordaban alegría. Esperábamos obtener inmediatamente un voto favorable, pero mi discurso había sido tan largo que muchos diputados salieron para almorzar y regresaron medio ebrios.<sup>19</sup>

El excelente discurso de Pepys consiguió convencer a los miembros del Parlamento de que la Armada no había sido negligente. El registro del día siguiente recoge nuevos elogios. Fue felicitado “con alabanzas inexpresables”, como definía el propio Pepys, que quedaron escritas con claridad en el *Diario*. Uno de los presentes afirmó que “en veintiséis años de Parlamento no había apreciado jamás discurso semejante”. Pero el elogio más retórico fue éste:

Mr. Montagu vino a abrazarme diciendo que a menudo había besado mis manos, pero que ahora quería besarme la boca; que yo era, según opinión unánime, otro Cicerón.<sup>20</sup>

No sabemos si la comparación era una exageración fruto de la cortesía. Pero cuando menos Pepys mostró ser un buen discípulo de Cicerón con este nuevo comentario. Se trata de una perspicaz reseña del discurso de Carlos II en una solemnidad parlamentaria:

Por el río a Westminster; tuve la suerte de llegar en el momento en que la Cámara de los Comunes se dirigía a la Cámara de los Lores. [...] Después de los votos, el Rey, en el trono, leyó su discurso en un papel que sostenía sobre sus rodillas. Apenas levantó los ojos. [...] Un discurso vulgar, sin ningún carácter, mal dicho para colmo, y sin embargo, lo leyó de punta a punta. Es una lástima; en mi opinión hubiera podido aprenderlo de memoria.<sup>21</sup>

La satisfacción que Pepys no halló en esa ocasión solemne, la obtuvo en numerosos sermones de los oficios religiosos. Es el caso de una prédica de Peter Gunning (1614-1684), un presbiteriano conservador muy influyente en

<sup>19</sup>5 de marzo de 1668 (p. 347).

<sup>20</sup>6 de marzo de 1668 (p. 348).

<sup>21</sup>27 de julio de 1663 (p. 129-130).

su época, y según Pepys un elocuente orador. En el juicio de Pepys destaca el aprecio del raciocinio como fuente que puede establecer nuevas realidades. Tal perspectiva es extensiva a los académicos e investigadores ingleses. El empirismo abrió nuevos horizontes para las ciencias naturales, pero sin renunciar a un racionalismo que se mostraba tan efectivo en el púlpito y en la tarima parlamentaria como en los salones privados y en los cafés. La excelencia en el discurso aseguraba la notoriedad del orador y la de su postura. La ciencia experimental fue la gran postura de los miembros de la Royal Society y para su promoción también resultaba necesaria la retórica.

## 6. Personaje en un escenario épico

La Historia, en tanto que relato de hechos acontecidos en una época, aporta una luz objetiva sobre el pasado. La narración de esos acontecimientos hecha por una voz individual y subjetiva brinda un conocimiento muy reducido, pero que puede ser de una riqueza de matices extraordinaria. Es extraordinario el testimonio que Samuel Pepys dejó de hechos tan trágicos como el incendio de Londres o la epidemia de peste. Sobre el incendio también se pronunció John Wilkins en la “Epístola” a la Royal Society con que encabezaba su obra *An Essay towards... a Philosophical Language*. El incendio se produjo cuando la obra estaba concluida pero aún no impresa en su totalidad. El resultado fue la destrucción de parte del manuscrito y un retraso de dos años. Así reza la “Epístola”:

Al muy honorable William Lord Vizconde Brouncker, presidente, junto con el resto del Consejo y miembros de la Royal Society.

Señor mío:

Ahora por fin presento a su señoría estos papeles que he redactado sobre un carácter real y un lenguaje filosófico, los cuales me han sido requeridos mediante diversas órdenes por la Sociedad. Me he retrasado en ello, en parte porque requiere considerable tiempo el reducir lo acumulado a un orden tolerable; y, en parte, porque cuando este trabajo estaba acabado de redactar y su impresión ya casi terminada, ocurrió (entre muchas otras cosas mejores) que se quemó en el último y horrible incendio; por lo cual, todo lo que estaba impreso (exceptuando sólo dos copias) y una gran parte del original no impreso quedó destruido. Reparar esto ha ocupado desde entonces la mayor parte de mi tiempo. Menciono esto a manera de apología por el descuido y retraso de que pudiera parecer culpable en la obediencia de vuestras órdenes.<sup>22</sup>

<sup>22</sup>Prefacio o “Epístola” de *An Essay...*, que aparece sin numeración de página, en la

El *Essay* es un texto monumental en tres aspectos, por su notable extensión, la novedad de sus contenidos y la ambición de sus propósitos. En la redacción de las tablas de los conceptos universales colaboraron los miembros de la Royal Society: John Ray en la parte de botánica, Francis Willoughby como naturalista, John Wallis en los cuadros de fonética, William Holder y Francis Lodwick en la sección de gramática, y Samuel Pepys en los cuadros sobre navegación. Su aportación convirtió la obra en novedosa. Y el propósito de Wilkins fue crear un lenguaje artificial que fuese un nuevo instrumento de comunicación entre las gentes y un sistema simbólico más preciso para la expresión de la ciencia. Sin embargo, el *Essay towards... a Philosophical Language* no obtuvo una aplicación conveniente en ninguno de estos campos.

Del incendio de Londres, que duró cuatro días, entre el 2 y el 5 de septiembre de 1666, y arrasó cuatro quintas partes de la City, Pepys recogió unas sentidas impresiones. Su relato tiene una profusión de detalles inusual en las entradas de días ordinarios. Con una intensidad magistral presenta un paisaje caótico y pavoroso desde el mismo día del comienzo del siniestro:

Pepys constató desolado que nadie intentaba atajar el fuego. Para empeorar las cosas, la sequía del verano había convertido en combustible todo, “hasta las piedras de las iglesias”. Y un fuerte viento propagaba las llamas con voracidad. Tuvo Pepys la diligencia de acercarse a palacio para informar de la situación y recibir el encargo de transmitir al lord mayor o alcalde la orden real de hacer derribos como cortafuegos. Todo era en vano.

Recorrimos el río, mirando el fuego que aumentaba sin cesar [. . .]. Sobre la superficie del Támesis, de cara al viento, se sentía uno casi quemado por una lluvia de chispas. Esto es estrictamente cierto. [. . .] Me deshice en lágrimas ante tal cuadro. Las iglesias, las casas, todo llameaba a la vez. ¡El estrépito horroroso que producían las llamas y el crujir de las casas que se desplomaban!

El desastroso incendio que tan profundamente afectó a Pepys duró cuatro días y supuso la muerte de sólo siete personas. Pero comportó la pérdida de un ochenta por ciento de los hogares y la penalidad de buscar cobijo en otras poblaciones o bien sobrellevar el invierno al raso y sin medios de subsistencia. En el *Diario* anotó detalles sobre el efecto de la súbita carestía de los víveres o la mezquindad de gente rica que había denegado una recompensa a los que habían trabajado para salvar los bienes ajenos.

---

edición facsimilar de The Scholar Press (1968). Wilkins publicó su obra el 7 de mayo de 1668.

Sin embargo, estas penosas escenas se empequeñecen al compararlas con las que el propio Pepys describió de la peste que causó la muerte de más de cien mil personas en Londres. Durante meses, la angustia de ver los estragos del contagio se entremezcla con momentos de alegría y aprecio de lo que las circunstancias le concedieron a Pepys.

Debí alquilar una canoa que transportaba ya a un gentilhomme. Resultó muy aficionado a la música, y cantamos juntos a lo largo del trayecto, con vivo placer. Fue verdaderamente un encuentro excepcional. Lady Carteret me sirvió la cena. Había carne excelente y nos divertimos mucho. [...] Regresé a casa para escribir unas cartas y acostarme. Más de setecientas personas han muerto de la peste esta semana.<sup>23</sup>

La epidemia sólo había empezado para entonces, propagada fatalmente por pulgas y duró unos seis meses terribles. En esas fechas se puede leer en el *Diario* un jactancioso inventario de los vinos de su bodega, entre ellos de Málaga y de Tenerife, junto a la lista de fallecidos por la epidemia. En ocasiones ponía al día sus cuentas particulares, al tiempo que sus aprensiones aumentaban. Y en otros momentos, olvidaba la angustia con los placeres de la mesa y de los amoríos clandestinos.

## 7. Relato risueño de una vida

El *Diario* de Pepys forma parte de la literatura de la Restauración inglesa entre 1660 y 1700. Para Sutherland 1969, Pepys constituye uno de los tres principales autores, junto con John Dryden y John Bunyan. Walter Scott reveló en una reseña el valor de su aportación. Y este criterio no sólo sigue vigente entre la crítica literaria actual sino que también lo comparten muchos lectores, como prueban las diversas ediciones de su obra, en versión íntegra, abreviada o ilustrada. La publicación de una antología temática del diario (cf. Pepys 2000) ha satisfecho el deseo popular de conocer esos aspectos de la vida cotidiana de la época, como la gastronomía, la salud, la moda o las diversiones. Y la perspicaz biografía de Tomalin 2002 mereció la distinción de libro del año en el Reino Unido.

La paradoja es que la escritura de Pepys no encaja formal ni funcionalmente en el canon literario. La redacción del *Diario* respondía a un carácter instrumental, el de recoger notas personales sobre hechos generales y particulares del día. Con un estilo escueto y no demasiado atento a la gramática,

---

<sup>23</sup>13 de junio de 1665 (p. 195).

reunió anotaciones de modo acumulativo. Pepys no establecía un flujo narrativo, no revisaba lo escrito ni reescribía pasaje alguno. Tampoco redactaba todas las palabras de las frases. E incluso el lenguaje taquigráfico ha dejado a los transcritores un margen notable para elegir la forma sintáctica de las palabras, pues la inscripción indica una raíz, pero no si es nombre o verbo; y si es un verbo, no marca el tiempo verbal. Ello ha dado mucho margen a los filólogos que han elaborado la admirable transcripción de un diario muy extenso, que abarca diez años y cuenta con una entrada para cada uno de sus días.<sup>24</sup>

El manuscrito consta de seis volúmenes, que cubren el período entre el uno de enero de 1660 y el treinta y uno de mayo de 1669. Forman un corpus de cerca de un millón doscientas cincuenta mil palabras, dispuestas en tres mil cien páginas. Inició el *Diario* cuando tenía veintiséis años y lo concluyó con treinta y seis años. Quizá el motivo material que le indujo a redactarlos fue el cambio político y los preparativos de la restauración monárquica. Y los aspectos que llaman la atención desde las primeras páginas son la plenitud de su juventud, los escalones del ascenso profesional, la jovialidad de su personalidad y el talante con que resuelve las contrariedades que se le presentan.

Si el *Diario* puede ser considerado como una apreciable obra literaria no se debe ni a la cantidad de escritura ni a la calidad del estilo, sino a un conjunto de rasgos que convierten al autor en el personaje afortunado de una magnífico fresco de la época. Pepys brinda escenas de la vida cotidiana, muchas indicaciones sobre su trabajo, comentarios sobre acontecimientos históricos, juicios sobre obras teatrales y libros, descripciones de sus viajes. . . Toda esta escritura actúa por acumulación y por encadenamiento, hasta lograr un hondo efecto narrativo. Centenares de personajes aparecen retratados, en todo tipo de situaciones. Y el elemento de conexión es Samuel Pepys, con su inagotable curiosidad y su “inigualable yo”, en palabras de su biógrafa Tomalin. El lector vive estos pasajes como una novela palpitante, situada en un escenario costumbrista, pero enriquecida por una introspección elemental, la de la franqueza del protagonista sobre sus sentimientos y su comportamiento. Este naturalismo realza la figura del personaje y le proyecta más allá de la literatura memorialista, para convertirse en un sujeto literario, en un material sumamente sugestivo para el imaginario por su riqueza psicológica.

La escritura biográfica de Pepys revela su personalidad con una natura-

---

<sup>24</sup>Cuando Pepys no podía redactar la entrada del día en el *Diario*, tomaba notas, también taquigráficas, que luego volcaba y repartía en los días correspondientes. Tan sólo dejó en blanco once fechas con motivo de un viaje al este de Inglaterra, en el otoño de 1668.



lidad desconcertante. Un estilo llano, una expresión equilibrada de los sentimientos y la libertad de estar dialogando sólo consigo mismo, junto con un espíritu refinado, hacen que estas páginas tengan un gran interés literario. Conforman una narrativa de hechos reales, con un personaje que tuvo el don de ser feliz y saber gozar de los buenos momentos que le deparó la vida. El brillo de la felicidad amalgama grandes y pequeñas ocasiones. Por ejemplo, anotó todo aquello que suponía una primera vez, como llevar un traje de seda o de terciopelo, calzar hebillas, escuchar el órgano de la catedral, afeitarse con piedra pómez, visitar una casa de juego o degustar la exótica bebida del té. Otros pasajes sugieren escenas de una felicidad que brota de situaciones banales pero intensamente vividas. A la vuelta de un bautizo él y otros invitados participaron en una carrera improvisada de carrozas. O bien esta otra, que ocurrió en una festiva noche de agosto de 1666, bajo el signo de una desinhibición envidiable. Los cohetes, la mascarada de diablos, los disfraces, el baile y la música en buena compañía de convecinos creó una atmósfera que recuerda a la bonhomía de Mr. Pickwick y sus alegres compañeros de club. Estos personajes de la novela de Charles Dickens, *Los papeles póstumos del club Pickwick* (1836), sin duda tienen un antecedente en el *Diario* de Pepys o al menos así lo sugieren. Por otra parte, Pepys fue un maestro en lances galantes y amoríos clandestinos. Pero había otras aficiones que complacían mucho a Pepys, como eran los entretenimientos del teatro y la música. Podía pasar buena parte del domingo tocando y cantando con amigos. Y luego estaba la vanidad de la exhibición.

## 8. Wilkins y Pepys, o la relación entre ciencia y técnica

La comunicación epistolar que mantuvo Pepys de modo regular con corresponsales de su país y extranjeros es una manifestación de su interés por la ciencia. Esta vía de relación le resultó especialmente conveniente cuando se retiró a la campiña, en 1701, donde residió hasta su muerte. Pepys fue un aficionado a la ciencia y al conocimiento, un “virtuoso”, como se conocía a los eruditos de la Royal Society. Su formación universitaria le podía haber orientado a ejercer como abogado y su modesto linaje le habría podido también limitar a círculos de pequeña o mediana burguesía. Sin embargo, demostró unas dotes administrativas excelentes, aprendió a tratar a la aristocracia y adquirió unos hábitos intelectuales sobresalientes. Su gusto por el arte y la cultura, le indujo a coleccionar pinturas y a componer una biblioteca memorable. Encargó títulos de su agrado a librerías y corresponsales europeos, encuadernó con primor los libros y documentos, inventarió minuciosamente

las existencias e instruyó a su sobrino y heredero sobre biblioteconomía. En todo ello podemos observar la pasión de Pepys por la belleza y la curiosidad intelectual.

Por todas esas aficiones, el destino vinculó a Pepys a la obra científica más famosa de la ciencia inglesa, *Principia mathematica* (*Principios matemáticos de filosofía natural*) de Isaac Newton. La obra se publicó en 1686 y llevaba una dedicatoria al presidente de la Royal Society, que era a la sazón Samuel Pepys. Como se ha indicado, lo mismo sucedió con el *Essay towards... a Philosophical Language* de John Wilkins, que estuvo dedicado al presidente y fundador, William Brouncker. El estudio de Newton resultó crucial para la ciencia, mientras que la obra de Wilkins ha quedado sólo como un capítulo muy interesante, aunque fallido, de la lingüística. Resultó un intento frustrado la pretensión wilkiniana de establecer un nuevo orden de pensamiento y de expresión a partir de la clasificación del mundo y el diseño de una escritura formal, lógica. La propuesta de Wilkins de una nueva lengua artificial clausuró por agotamiento una corriente ambiciosa e imaginativa de la Europa del XVII, la corriente del proyectismo lingüístico. Sin embargo, un miembro joven de la Royal Society, Isaac Newton, abrió un nuevo horizonte a la ciencia experimental y a la formalización matemática. Supuso un relevo brillante en las líneas de investigación y en la dirección de la Sociedad, pues tomó posesión de la presidencia en 1703, año en que murió Pepys.

El *Diario* de Pepys es un síntoma de este clima intelectual. Su escritura taquigráfica muestra una gran similitud material con los trazos del alfabeto de Wilkins. Pepys aprendió en Cambridge el método de taquigrafía de Thomas Shelton, de 1626, y lo usó por la economía y rapidez de la escritura. La taquigrafía no sólo fue un elemento común a los intelectuales de la época, entusiasmados como se mostraron por la invención, sino también una solución práctica y modesta al gran interrogante del lenguaje. Como recuerda R. Latham, editor de *The Diary of Samuel Pepys*,

la taquigrafía, una técnica humilde hoy en día, fue en tiempos de Pepys un recurso tanto novedoso como admirable. Y fue utilizada por intelectuales como Hartlib, Tillotson, Hooke, Locke y Newton, y Wilkins lo incorporó a su lenguaje filosófico.<sup>25</sup>

La taquigrafía supuso una respuesta técnica que surgió bajo un nuevo paradigma, aquel cuyas cuestiones científicas apuntaban al lenguaje como

---

<sup>25</sup>Comentario de R. Latham en la introducción de la edición completa, Bell & Hyman, volumen I, p. XLIX.

instrumento. El provecho de la escritura veloz y cifrada perdura de un modo efectivo. Francis Lodwick, un colaborador de Wilkins, se había ocupado en 1657 de aspectos gramaticales de esta modalidad de escritura en *Concerning Short Writing* (Lodwick 1657), entre otras obras relevantes. El mismo Wilkins escribió en 1641 *Mercury, or the Secret and Swift Messenger* (*Mercurio, o el mensajero secreto y veloz*), un trabajo preparatorio del *Essay* en que trataba sobre la comunicación científica (Shapiro 1969:30–31; Laborda Gil 1980:101–103). Aquí consideraba aspectos de la codificación encriptada y las mejoras en la precisión expresiva.<sup>26</sup> Y Wilkins situaba su trabajo en un nivel primario, el del código, en perfecta sintonía con lo que podía representar la taquigrafía. Luego dio un giro a su investigación, se apartó del modelo taquigráfico y se propuso elaborar una ordenación de todos los conceptos existentes, dispuestos en cuarenta grandes géneros. Y esa es la tarea que John Wilkins desarrolló en 1668 en el *Essay towards...a Philosophical language*, con la colaboración de Pepys y otros “virtuosos”. Con ello acertó a desprenderse del plano material de la escritura y a proyectarlo en el de una nueva lógica. Y acertó de nuevo al plantear la necesidad de elaborar una descripción exhaustiva del mundo y su clasificación científica. En ello Wilkins resultó un precursor, pues vislumbró el movimiento de la Ilustración, pero no pudo superar sus limitaciones. Si la propuesta de Wilkins fue brillante, su realización padeció la aplicación de pautas afines a la lógica aristotélica. Su labor prospectiva obtuvo un siglo después una nueva confirmación con la fundación del Museo Británico, en 1753, y con la constitución en su seno de grupos de estudio y de fondos artísticos y documentales de extraordinario valor.

Entre los éxitos y fracasos de la ciencia del siglo XVII, que quedan representados en la figura de Wilkins, cabe contar precisamente el papel positivo de Pepys. Wilkins resultó mejor líder intelectual que investigador. El empuje con que promovió el círculo de Oxford y constituyó luego la Sociedad Real supuso poner en comunicación estable a académicos –como Newton– y caballeros ilustrados –como Pepys– y a dotarse de una institución oficial. El rango, los recursos y la nómina de miembros y de investigadores contratados

---

<sup>26</sup>En *Mercury* discurre acerca de diferentes medios que permitieran la comunicación de manera rápida entre puntos distantes entre sí. A ello añadió la exigencia de secreto por razones de guerra o política. Sometió a examen la comunicación de pensamientos por medio de campanas, pájaros, flechas y balas. Pero estos medios adolecían del defecto de la fugacidad. Es necesaria la característica de permanencia, por lo cual la investigación de Wilkins pasó a ocuparse de caracteres universales. Afirmó entonces la posibilidad de hallar un carácter universal que tuviera la capacidad de ser expresión de todas las cosas conocidas y de todas las ideas concebibles, de suerte que las diferencias lingüísticas entre los hombres no fueran impedimento para su fácil comprensión por todas las personas.

en la Sociedad Real tuvo y tiene su correlato en la lista de descubrimientos y obras que conforman la historia de la ciencia. Pepys juega el papel positivo del amateur de la ciencia que se sintió inclinado a participar en los debates de la Sociedad Real y que impulsó el curso de la institución con su prestigio personal.

La paradoja es que allí donde Wilkins naufragó, con su idea de construir una lógica formal con millares de componentes, Pepys navegó hasta nuestros días con la modesta técnica de la taquigrafía. La ciencia del proyectismo y la creación de nuevos lenguajes quedó arrinconada, hasta la aparición de la computación y la programación de los ordenadores electrónicos. Podemos felicitarnos de que sean ahora materia de la historiografía del XVII el extenso y monumental *Essay...* de Wilkins y los trabajos de proyectismo de los ingleses Francis Lodwick, Seth Ward, Thomas Urquhart y Georges Dalgarno, y de los centroeuropeos Jan Amos Comenius, Cave Beck y Athanasius Kircher (Laborda Gil 1980:50-86). El propio Isaac Newton se vio influido por el interés de la época hacia una escritura universal y formal, durante su estancia en Cambridge en 1661, se decidió a iniciar un proyecto de lenguaje universal y de escritura fonética. Sin embargo, estos trabajos de juventud quedaron inconclusos y en su abandono se plasmó la desestimación definitiva de la vía de investigación en proyectismo lingüístico.<sup>27</sup>

La ironía de la historia sonríe burlescamente cuando comparamos las figuras de Wilkins y de Pepys y hacemos balance de su influjo histórico. Se trata de una comparación desigual y quizá engañosa. Están la ciencia, la investigación de universales de la escritura y John Wilkins, por un lado, y la técnica, la aplicación de una escritura abreviada y Samuel Pepys, por el otro. Son las caras de una misma realidad y la expresión solidaria del estado de opinión de su época. Son personajes que se interrelacionan en la época de restauración, con una élite deseosa de estabilidad política, de apaciguamiento de las controversias religiosas y del fin de la intolerancia. Wilkins y Pepys se complementan en sus capacidades, aficiones y tareas públicas. Se asocian a un ideal de conocimiento como producto de la inteligencia de las personas y no de los privilegios de las universidades. Se vinculan a la Sociedad Real y se alternan en sus puestos de responsabilidad. Se nombran mutuamente en sus obras, en las que cobran vida simbólica como personajes.

En este balance sobre la ciencia y la técnica o, más exactamente, entre Wilkins y Pepys, cada cual obtiene un resultado notable. La presencia de

<sup>27</sup>R. W. V. Elliott, "Isaac Newton as phonetician", *The modern Language review*, nº 49, 1954, pp. 5-12. y "Isaac Newton's *Of an universal Language*", nº 52, 1957, p. 1-18.

Pepys en el imaginario popular, con las genuinas escenas del Londres de la década de 1660, es un prodigio de lo que la escritura puede obrar en la conciencia histórica. Los seguidores de Pepys comparten la experiencia de revivir aquel mundo que se fue. Y en parte lo deben a la taquigrafía, cuando menos como instrumento que permitió a Pepys escribir para sí, con confidencialidad y rapidez. Mientras Wilkins se afanaba en su invención lingüística, Pepys tenía a su disposición con la taquigrafía un *Mercurio o mensajero secreto y veloz* para hacer sus revelaciones personales a los lectores del futuro. Y pulsó con su *Diario* el espíritu igualitario y filantrópico de la nueva ciencia para proyectar a un tiempo venidero su mundo. Lo hizo con serenidad y plena confianza en sí mismo, de acuerdo con su espíritu puritano y también con el ideario conciliador que promovió la Royal Society.

Como ejemplo de ese ideario cabe citar un pensamiento de Robert Boyle, el químico y físico de la Sociedad, de quien Pepys conservaba con orgullo todas sus obras en su biblioteca. La cita procede de *The Sceptical Chemist (El químico escéptico)*, un curioso pero justificado título para una obra científica, que distinguía a su autor y proclamaba todo lo necesario sobre su método. En el prefacio, Boyle escribió que su empeño era argumentar de un modo afable, alejado de la denigración y el enconamiento. Su pretensión era divulgar este principio de la nueva manera de hacer ciencia, que explicó con la siguiente imagen: “Un hombre puede ser un campeón de la verdad sin ser un enemigo de la civilidad y puede rebatir una opinión sin atacar agriamente a los que la sostienen”.

Por temperamento y por educación, Pepys podría haber suscrito estas palabras. Con todo, y por encima de los rasgos individuales, Pepys formó parte de una generación de intelectuales y gentilhombres esperanzados con el progreso del conocimiento y comprometidos colectivamente para conseguir nuevos logros. De ello hallamos muestras en numerosos pasajes de su *Diario*.

## 9. Empirismo ingenuo, estilo llano y extroversión

La nueva ciencia, la que desarrollaron con tanto acierto Boyle o Newton, insistió en la importancia de la observación y de la experimentación. Tales fuentes de información eran primarias y debían preceder a todo juicio. Este empirismo radical, superado posteriormente por su ingenuidad y debilidad hipotética, fue sin embargo una guía útil en las tareas de la primera etapa de la Sociedad Real. Observación y experimentación, he aquí dos piedras

angulares del empirismo.<sup>28</sup>

Resulta asombroso observar la afinidad entre esos principios de la nueva ciencia y la personalidad de Pepys. Y quizá la mayor cualidad de las páginas que escribió radica en la capacidad de observación y en la precisa descripción de las personas que conoció y sus circunstancias. Sus juicios siguieron a la exposición de ese cuadro general y resultan quizá parcos, en comparación con la información sobre hechos que proporciona. Ello casa bien con los principios antedichos, pero especialmente con el carácter del diarista, que era extravertido, inquieto y expresivo.

Por otra parte, la Royal Society impartió unas normas de estilo en la comunicación de los progresos científicos que resultaron muy influyentes en la escritura instrumental y también en la literaria. Se referían a un estilo conciso y preciso, alejado de los excesos retóricos de la tradición libresca, para que estuviera al servicio de la expresión de unos contenidos ciertos y relevantes. Esta propuesta expresiva es congruente con el objeto de investigación del proyectismo lingüístico. La lengua artificial que tanteaban Wilkins y sus colegas sería el instrumento de esa voluntad de expresión con sencillez y exactitud. Y en el frontispicio de su *Ensayo sobre...un lenguaje filosófico* figura inscrita la leyenda “nulla verba”, que expresa la lucha “contra las palabras vacías”, esto es, contra la vaciedad del estilo retórico u ornamental. El activismo estilístico de Wilkins es un rasgo común a los miembros de la Sociedad Real. Como recuerda Sutherland 1969:391 en los términos de la época, los miembros estaban de acuerdo en:

evitar ‘el lenguaje lujurioso y redundante’ y ‘esa artimaña de las metáforas, esa voluptuosidad de la lengua’ que todavía (en 1667) ‘produce tanto ruido en el mundo’. El ideal concebido por los miembros era ‘un cercano, desnudo, natural modo de hablar; expresiones positivas; sentidos claros; una genuina naturalidad; para llevar las cosas lo más cerca posible de la sencillez de los matemáticos; y que se dé preferencia al habla de los artesanos y campesinos y comerciantes, antes que al de los ingeniosos y académicos’.

Es un tema usual de la historia cultural el modelo estilístico de la Royal Society. Y se ha debatido mucho sobre su influencia efectiva en la prosa inglesa. Comenzado por su seno, sólo unos pocos miembros de la Sociedad

<sup>28</sup>La Sociedad Real editó en 1666 unas instrucciones para marinos y expedicionarios relativas a las informaciones que podían ser útiles. Les instaron a recopilar observaciones sobre países lejanos, rasgos y costumbres de sus habitantes, enfermedades, fertilidad de la mujeres, entre otros campos. (Sutherland 1969:292).

fueron capaces de aplicar el manifiesto expresivo. Es el caso de Robert Hook y de Samuel Pepys, pero no el diarista John Evelyn ni el físico Robert Boyle; y John Wilkins quizá quede en un punto intermedio. Sin embargo, en todo ello podemos apreciar una tendencia, impelida por el afán de una nueva ciencia y fortalecida por el espíritu puritano de la sociedad inglesa. Y de estos elementos también bebió Pepys. Su escritura resultó sencilla y eficaz, descriptiva e informativa, por diferentes razones, como la escritura abreviada, su personalidad curiosa y atenta, su gusto por el detalle y su dedicación a la administración, pero quizá en mayor medida la ausencia de destinatarios y, por lo tanto, de la necesidad de justificarse. En definitiva, todo ello y la extravención de Pepys se convirtieron en condiciones afortunadas para que redactara un *Diario* en un estilo tan cercano al ideal de la Royal Society y de una nueva clase intelectual. Quizá a esta modernidad se deba también el gran interés literario que adquiere su obra, porque supera y desbanca los usos estilísticos de su tiempo.<sup>29</sup>

En el caso de Wilkins, hallamos una doble razón para su defensa de la simplicidad expresiva. Una es la científica, en el sentido de que una expresión comedida e instrumental expresa mejor el conocimiento, tal como proclamó la Royal Society. La segunda es religiosa y se centra en el modelo de oratoria sagrada que contribuyó a imponer. Wilkins fue contrario a la retórica ampulosa y efectista en el púlpito, tal como declaró en su *Eclesiastes* (1646). Y un movimiento religioso reformista se produjo en Inglaterra y Francia, de modo que se extendió la costumbre de predicar con palabras sencillas (Sutherland 1969:408). La influencia de los sermones pudo resultar grande, ya que los fieles escuchaban a menudo prédicas y, en ocasiones, con gran agrado. De ello recogemos una muestra del *Diario* de Pepys, de entre las muchas que anotó al respecto:

Fui a escuchar al predicador Mr. Mossum. Pronunció un sermón muy elocuente sobre el deber que nos incumbe a todos de dar el buen ejemplo con nuestra conducta y nuestras palabras. Pero, en lo que a él se refiere, nada hace por dar ejemplo.<sup>30</sup>

Hemos de pensar que la censura de Pepys se refería a la vida del eclesiástico Mossum al tiempo que elogiaba su oratoria. Esta anotación exhibe

<sup>29</sup>Un gesto crítico habla de la perspicacia o la intuición literarias de Pepys: la decisión de destruir una novela que escribió a los veinte años en Cambridge. Se deshizo de esa obra el 31 de diciembre de 1664, junto con más material que consideró “pueril e indigno de ser conservado”.

<sup>30</sup>22 de enero de 1660 (p. 23).

la preceptiva estilística de Pepys, cercana a las observaciones de un operario de laboratorio, que registra de modo escueto lo que sucede. El empirismo ingenuo halla en estas páginas un escritor compenetrado con el ideario de la descripción objetiva, precisa y sencilla de la realidad.

El *Diario* es una obra monumental por su extraordinario valor y por la riqueza psicológica de sus personajes. Pero incluso más allá de sus páginas, el paseante puede hallar rastros monumentales de Pepys en Londres, que refrendan no sólo este juicio crítico sino el gran aprecio de su obra y su figura. Ello sucede en la iglesia de Saint Olave's, junto a la Torre de Londres. Sobre su muro sur, que linda con el pequeño cementerio, se lee esta inscripción hecha en 1891: "Entrance to the South Gallery and the Navy Office Pew often mentioned in the Diary of Samuel Pepys".<sup>31</sup> La referencia al *Diario* señala inequívocamente la fuente de notoriedad de Pepys. Y en la calle, junto a la cancela que da paso al cementerio, un cartel reciente recuerda a su feligrés, con sus propias palabras y un comentario complementario:

'Our own church', Samuel Pepys, who came through this gate from the Navy Office and his home in Seething Lane to worship here.<sup>32</sup>

Y también menciona el cartel que sus restos reposan en el reducido cementerio: "Del registro de entierros: 4 de junio de 1703, don Samuel Pepys, enterrado en un mausoleo bajo el altar de la comunión." El paseante contempla estos mensajes y otras inscripciones como un homenaje merecido al hombre que dejó constancia de acontecimientos históricos a través del tamiz de su experiencia personal.<sup>33</sup> Pepys tomó el pulso de la política desde el interior del Estado, en los despachos de la Marina, conoció la restauración monárquica, padeció los reveses de la guerra con los holandeses y administró la ciudad de Tánger, hasta el abandono de la colonia en 1683. Pepys se interesó por los avances del conocimiento, trabó estrechos lazos con la intelectualidad de la Royal Society y promovió el desarrollo de esta institución como socio y en la presidencia durante un bienio. Pepys se deleitó con los sermones de los más afamados oradores sagrados y participó con brillantez en debates parlamentarios como funcionario y como político electo. También

<sup>31</sup>"Entrada al ala sur y al banco de la administración de la Armada, a menudo mencionada en el *Diario* de Samuel Pepys".

<sup>32</sup>"'Nuestra iglesia', Samuel Pepys, quien entraba por esta cancela desde la Oficina de la Armada y su casa en Seething Lane para asistir al culto aquí".

<sup>33</sup>En la recoleta calle de Buckingham, junto al Strand y la estación de metro Embankment y la ferroviaria de Charing Cross, hay dos inscripciones más. Están en las fachadas de las casas de los números 12 y 14, en lo que fueron los York Buildings.



hubo de vivir atezado por el temor durante la epidemia de peste de 1665 y sobrellevó la destrucción de buena parte de la City en el incendio de 1666 y presenció la lenta reconstrucción de la ciudad. En el *Diario* de Pepys aparece la combinación tumultuosa y trepidante de todos estos aspectos de la vida pública y social del autor y protagonista. El brillo de todo estos componentes se incrementa por el contraste entre lo público y lo privado, ya que lo antedicho se entremezcla de un modo delicioso con sus distracciones y anhelos personales e íntimos. Y la vitalidad y la juventud de Pepys impregnan estos miles de páginas de optimismo y de un sorprendente efecto de realismo, de modo que el lector se ve sumergido en un presente absorbente y pleno que sucedió en el último tercio del siglo XVII.

## 10. Las mejores ediciones

La reciente edición en castellano de un compendio de los *Diarios* de Pepys ha tenido una buena acogida.<sup>34</sup> La explicación de esta respuesta de los lectores es evidente. Al hecho de cubrir un vacío editorial incomprensible y deplorable, se suma el extraordinario atractivo histórico y narrativo de la obra de Pepys. Se ha utilizado el texto de la primera edición castellana (Buenos Aires, Lautaro, 1941, 1944), de modo que reproduce el título de *Diarios* y la traducción de Norah Lacoste.

Ahora bien, una vez remediado el vacío editorial en castellano de la obra, es preciso indicar que la edición nos plantea serias objeciones sobre su calidad. Para empezar, la elección del título *Diarios* en vez del original en singular, *Diario*, reproduce una variación injustificada. Por otra parte, cuesta creer que el prólogo de Paul Morand, escrito para la edición francesa de 1939, sea un material apropiado y admisible para la presente ocasión. Su estilo enfático produce un contraste retórico con el texto de Pepys bastante extraño y la noticia que da de la primera edición en francés resulta un anacronismo desentonado. Un tercer aspecto que resulta criticable, y quizá el más importante, es el silencio sobre cuál de las transcripciones del *Diario* de Pepys se ha tomado como fuente y con qué criterios se ha hecho la selección del texto.<sup>35</sup>

En lo que se refiere a la traducción, a cargo de Norah Lacoste, hallamos

<sup>34</sup>Edición de Renacimiento en cartón el 6 de octubre de 2003, con una reimpresión el 27 de mayo de 2004.

<sup>35</sup>Cabe anotar que las principales ediciones de carácter crítico son las de Mynors Bright (1875-9), Wheatley (1893-9), E. Chappell (1935) y Matthews-Latham (1970-83). Sin embargo, en la edición de Renacimiento no se hace ninguna referencia a la edición crítica que ha servido de fuente, ni tampoco al uso de la vieja edición en castellano de Lautaro.

variaciones considerables respecto de la edición de Espasa Calpe (1954). Por ejemplo, leemos en aquella (Lacoste) que “mi mujer terminaba de preparar un almuerzo muy bueno: un plato de patitas, un guiso de cordero, una lonja de carne de vaca”, mientras que en esta otra (Dorta) se lee que “mi mujer había preparado una comida muy buena: un plato de tuétano de hueso, una pierna de cordero, un lomo de ternera”. Estas diferencias son indicio de ciertas asperezas en la traducción de la edición de Renacimiento. Para sorpresa de quien establezca comparaciones, comprobará que las fechas de ciertas anotaciones difieren. Así, el fragmento que hemos citado está fechado el 25 de enero de 1660 en Renacimiento, aunque en las ediciones inglesa de Latham y castellana de Dorta la fecha es el 26 de enero.<sup>36</sup>

La actual edición en castellano de Renacimiento es un compendio, que debe de suponer un diez por ciento del texto completo del *Diario*. Algunas notas a pie de página permiten salvar algunos de los saltos y, más especialmente, comprender ciertos hechos de la cultura de la época. La lectura de este compendio anima a conocer las ediciones ilustrada y completa en inglés, con un rico bagaje crítico de notas, índices onomásticos y materias, artículos complementarios, planos de la ciudad e ilustraciones con paisajes y retratos de personajes. De entre estos retratos, merecen un comentario especial los de Carlos II, Elizabeth Pepys y del propio Pepys de la edición ilustrada.

El retrato de Carlos II, de M. Laroon, presenta al monarca como presidente de la Royal Society. Aparece de pie, de cuerpo entero, vestido con un ropaje regio, junto a una mesa en la que están los atributos de la ciencia, un globo terráqueo, un libro, manuscritos y un telescopio, objetos estos a los que señala con el índice de su mano izquierda para significar su patronazgo científico. Y a su espalda se extiende el paisaje vaporoso de Londres, con un navío de velas desplegadas en el río, y una puesta de sol en el horizonte. En el mismo año de realización del cuadro, en 1684, Pepys fue elegido presidente de la Royal Society.

Elizabeth posó para el pintor John Hayls, al igual que su marido, pero sólo se conserva un gravado de 1828 que reproduce el original.<sup>37</sup> Es un retrato de medio cuerpo en el que aparece, según la iconografía de santa Catalina, con la palma de martirio en su mano. Destaca su juventud y belleza, pero también

<sup>36</sup>“Home from my office to my Lord’s lodgings, where my wife had got ready a very fine dinner: viz. a dish of marrow-bones. A leg of mutton. A loin of veal.” (26 de enero de 1660, en la edición de Latham, vol. I, p. 29).

<sup>37</sup>“Mr. Hayls comenzó el retrato de mi mujer en la misma pose de uno de Milady Peters, como una Santa Catalina. Mientras pintaba, Knepp, Mercer y yo cantábamos”. (Pepys, *Diario*, 15-02-1666).

la fragilidad de su cuerpo y la introspección de su mirada. Elizabeth es uno de los principales personajes del *Diario*, pero quizá también un personaje muy poco conocido y que suele pasar desapercibido bajo la mirada patriarcal. En las biografías de Pepys resulta invisible, excepto en la de Claire Tomalin, una historiadora que ha intentado precisamente arrojar luz sobre las heroínas de la narración.

Del retrato de un Pepys joven tenemos comentarios de su propia mano:

Pagué a Hayls catorce libras por el retrato y una libra cinco chelines por el marco. Hoy comenzaré a posar y me hará, espero, un hermoso cuadro. Me prometió que será bueno como el de mi esposa. Casi me rompí el cuello mirando sobre el hombre para que mi posición facilitara su trabajo.<sup>38</sup>

La figura de Pepys emerge sobre un fondo oscuro y aparece iluminada por una luz suave y cálida. Él mira con fijeza al observador y sostiene en su mano la partitura de su canción “Hermoso retiro”. La letra de la canción, que pulsa el tópico del *beatus ille*, elogia la vida sosegada y el placer de su sensualidad. La composición de esta canción era un gran motivo de orgullo para Pepys, pero ello no es suficiente para que aparezca en el cuadro. Al escoger el símbolo de la canción para su retrato, Pepys reveló un aspecto fundamental de su personalidad. Representó con ella una intensa pulsión por la vida, que experimentaba con extraversión y jovialidad, tal como se refleja en su obra póstuma. En efecto, el lector de su *Diario* comprende que ese relato no es sólo una historia personal. Es el fascinante testimonio de alguien que supo vivir más y mejor que muchos de sus semejantes. Pepys extrajo de su vitalidad la capacidad para gozar como pocos de todo aquello que sus días le depararon.

Y ya para concluir, hemos de referir el *Diario* a tres elementos narrativos que le dan un valor tan extraordinario. El primer elemento de esta fórmula narrativa es ser el protagonista de la historia que cuenta. Pepys lo es y es un protagonista complacido de sus habilidades, actividades y pasiones. El segundo exige que sus vivencias participen del signo de su tiempo y que su intervención sea relevante en los acontecimientos. Y Pepys lo es en diversas facetas, como alto funcionario de la marina, convecino de un Londres azotado por desgracias o impulsor de la Royal Society. Y el tercer elemento es la capacidad de narrar. El Londres de Pepys se mueve, huele y crepita en su relato, y los personajes guían al lector por los escenarios públicos, privados e

---

<sup>38</sup>17 de marzo de 1666 (p. 240).

íntimos de sus vidas. Los rasgos de esta escritura cifrada de Samuel Pepys han perdurado, porque es el protagonista de acontecimientos públicos y privados, que narra con una sencillez, una honestidad y un brío aplastantes. Con su historia personal rescata de las sombras y del olvido un tiempo tan influyente de la vida cotidiana y de la ciencia como es el siglo XVII.

### Referencias

- [Birch 1756-1757] T. Birch. *The History of the Royal Society*. London, 4 vols, 1756-1757.
- [Chapell 1936] E. Chapell. *Eight generations of the Pepys family, 1500-1800*. Blackheath, Londres, 1936.
- [Evelyn 1706] J. Evelyn. *The Diary of John Evelyn*. Edición de E. S. de Beer. Oxford University Press, Londres, 1959, 1706.
- [Laborda Gil 1980] X. Laborda Gil. *Racionalismo y empirismo en la lingüística del siglo XVII: Port-Royal y Wilkins*. Tesis doctoral, Universidad de Barcelona, 1980. Edición electrónica en 2004: <http://www.santcugat.net/laborda/506TESIG.htm>.
- [Lodwick 1657] F. Lodwick. *Concerning Short Writing*. Longman, London, 1972, ed. facsímil, 1657.
- [Ollard 1974] R. Ollard. *Pepys: a biography*. Hodder and Stoughton, Londres, 1974.
- [Pepys 1660-1669] S. Pepys. *The Diary of Samuel Pepys. A new and a complete transcription*. Bell & Hyman, Londres, 1970-1983, 11 vols., 1660-1669. Edición de Robert Latham y William Matthews. En rústica, Harper Collins, Londres, 1995, 2000.
- [Pepys 1941] S. Pepys. *Diarios (1660-1669)*. Lautaro, Buenos Aires, 1944, 1941. Edición abreviada en castellano (agotada). Traducción de Norah Lacoste.
- [Pepys 1954] S. Pepys. *Diario (1660-1669)*. Espasa Calpe, Buenos Aires, 1954. Edición abreviada en castellano (agotada). Prólogo, selección y traducción de Antonio Dorta.

- [Pepys 2000] S. Pepys. *The world of Samuel Pepys*. Harper Collins, Londres, 2000. Edición de Robert y Linnet Latham de una antología temática del diario de Pepys.
- [Pepys 2003] S. Pepys. *Diarios (1660-1669)*. Renacimiento, Sevilla, 2003. Edición abreviada en castellano. Prólogo de Paul Morand y traducción de Norah Lacoste.
- [Pepys 2004] S. Pepys. *Pepys's later Diaries*. Sutton Publishing, Thrupp-Stroud, 2004. Edición de C. S. Knighton.
- [Shapiro 1969] B. Shapiro. *John Wilkins, 1614-1672. An Intellectual Biography*. University of California, Los Ángeles, 1969.
- [Sutherland 1969] J. Sutherland. *Restoration Literature, 1660-1700: Dryden, Bunyan and Pepys*. Oxford University Press, Oxford, 1990, 1969.
- [Tomalin 2002] C. Tomalin. *Samuel Pepys, The Unequable Self*. Penguin, Londres, 2002.
- [Wilkins 1668] J. Wilkins. *An Essay towards a Real Character and a Philosophical Language*. The Scholar Press, Menston, 1968 (edición facsímil), 1668.